

La tercera gran opción de la Vida Consagrada: Una Fecundidad generosa

En este número de Testimonio se encuentran respuestas a cuatro preguntas que ayudarán a hacer real y generosa la fecundidad: *¿Qué es la fecundidad en la Vida Consagrada? ¿Por qué hacer esta opción en nuestros días? ¿Para qué hacerla? ¿Cómo proceder para ser fecundos/as?*

“He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Juan 10, 10), y esa vida abundante se llama fecundidad. Para hablar bien de ella ayuda mucho el texto evangélico de la Parábola del Sembrador, que –según Joachim Jeremías– es la parábola para acabar con el desaliento; también la podemos llamar la parábola de la fecundidad. Protagonista de la misma es la humilde semilla que necesita condiciones para dar fruto. Con ella el Señor nos habla extensamente de la misteriosa fecundidad. Fecundidad que en parte escapa a toda posible definición, como si en ella hubiera rastro de infinitud y de divinidad; tiene mucho de fascinante. Está especialmente unida al misterio y a la virginidad, y ello en las culturas y religiones más diversas. Podemos hablar de la fecundidad del agua y de la tierra, y también del Espíritu y del artista. Pero sobre todo hablamos de la de Dios. Las personas cercanas al Señor son las más fecundas.

De fecundidad se aprende; pero no es fácil encontrar buenos maestros: los que dicen palabras de fecundidad y dan testimonio de la misma. Este número de Testimonio quiere ser un buen maestro de fecundidad. Por eso la presenta como *fruto de un amor fiel, sacrificado y generoso*. La fecundidad corresponde a la capacidad reproductora o creadora de los seres vivos

que multiplican la vida. Todos de una u otra manera somos llamados a ser “padre” o “madre” ya que somos creados para la generación y transmisión de vida.

Lo opuesto a la fecundidad es la esterilidad. El tiempo de adviento nos evoca varias situaciones de esterilidad del pueblo de Israel. Abraham pregunta a Dios “¿qué me vas a dar si me voy sin hijos...?” (Génesis 15, 2), y Raquel dice a su marido Jacob: “Dame hijos que si no me muero” (Génesis 30, 1); son abundantes y firmes los textos de este tiempo litúrgico con promesas de fecundidad. Dios interviene para dar nueva vida. Las situaciones de esterilidad se han repetido en la historia; se están dando en nuestros días en algunas personas, grupos, comunidades y en bastantes institutos religiosos. Pero “Uno solo y estéril, si teme al Señor puebla una ciudad” (Eclesiástico 16, 4). La fecundidad no tiene edad, pero sí un inicio, un origen. Es a su vez una dimensión y etapa de desarrollo de las indicadas por Erikson (denomina a la séptima etapa –de los 40 a 65 años– “etapa de generatividad”). Si una persona no vive la fecundidad y no se siente fecundo, no ha evolucionado debidamente. Le faltará la debida madurez.

Hoy atrae más la eficacia que pide urgencia y rentabilidad que la fecundidad que reclama paciencia, coraje, gratuidad. Un niño no es rentable y puede entorpecer un ascenso profesional y por eso, a veces, no se engendra. Tener seguidores es atarse durante años a cuidar el crecimiento y cargarse de perplejidades. Palabras como fidelidad, fecundidad, compromiso, firmeza, renuncia, ideal, meta, convicción, brotan de nuestras convicciones, que en el fondo “no son ideas que tenemos sino ideas que somos” (Ortega y Gasset).

Los por qué y los para qué de la fecundidad están muy presentes en los aportes de los autores. Ante tantas transformaciones incomprensibles y tan poco intento de fecundidad, algunos creen asistir a un verdadero eclipse del ser humano. Sin querer queriendo procedemos de una manera demasiado acentuada como “un ser hacia la muerte” (Heidegger). Sin embargo, estamos llamados a seguir apoyados en la esperanza, que confía en las reservas de la persona, y que no siempre pueden ser entendidas por la razón. Las que son de la fecundidad auténtica son de toda la persona. Es el ser humano entero el que nos prolonga en el futuro y eso, en el fondo, es la fecundidad. Fecundidad que es mucho más que progreso (cf. H. Marcuse, *Final de la Utopía*). La capacidad utópica expresa la condición indomable del ser humano. Con ella la persona humana juega a ser Dios, soñando alternativas a lo real e imaginando un espacio más allá del mal y del bien. Un signo de fecundidad claro es el contribuir de la Vida Consagrada a la existencia de vidas significativas y contraculturales, que viven del relato luminoso de Jesús que ha venido para que tengamos vida y una vida relevante. Y la vida religiosa lo es por su fuerza contracultural. Así se hace fe-

cunda. Ya Chesterton había anunciado que “una generación se salva por las personas que saben oponerse a sus gustos”. La Vida Consagrada, como la viuda de Sarepta, tiene que ser valiente ante horizontes sin pan o sin hijos. Creyendo así, podemos alojar en nuestro corazón a un verdadero profeta que nos prometa y garantice descendencia.

El *cómo* de la fecundidad nos lleva a analizar y multiplicar los signos y expresiones de la misma. Hay experiencias y realidades que nos dan muestra de ello y nos confirman que lo que es vital crece y da frutos; por tanto, lo que no da frutos no es vital. Lo que no es vital se termina por cortarlo, tirarlo y a la larga desaparece. *La crisis de la VC no es de vocaciones; es de vida, de fe y de espiritualidad*. Un signo de esa crisis es la escasez de vocaciones o la escasez de hijos o de servicios a la sociedad. Ese *cómo* para lograr la fecundidad pasa por asumir el maravilloso *riesgo de una oración distinta, el riesgo de ver todo con nuevos ojos, el riesgo de interpelar (que es algo así como llamar a la vida), el riesgo de una confianza en los jóvenes, el riesgo de ponerse en las manos de los que tienen especial carisma para multiplicar la vida, de los que son más fecundo; el riesgo de lo nuevo y el riesgo de arriesgar*. Asumir estos riesgos es entrar en el camino de la fecundidad; camino que es una respuesta a la llamada a lo nuevo: a crear, inventar, echar a andar por caminos no trillados, a ser original.

Para hacer este descubrimiento y alimentar esta convicción una buena maestra es María, y no hay duda que en su escuela se aprende a intensificar la vida, generándola. Ella nos enseña fecundidad; de ella se aprende a engendrar, afirmar y multiplicar la vida, a revivir y encauzar la nueva vida. Como marianista, en su escuela he aprendido algunas de las orientaciones que presentan varios de los artículos y, sobre todo, las experiencias de este número de nuestra revista.

Todo ello es, en cierto modo, búsqueda de una respuesta a esta importante pregunta: ¿Dónde van los que se van de la vida religiosa? Esta pregunta no nace de que esperemos que se arrepientan, como el hijo pródigo, y vuelvan a “casa” los que se han ido. La pregunta inquieta a los que nos quedamos. ¿Dónde estamos los que estamos? ¿En un camino de fecundidad? Quizás más inquietante que la realidad de una vida religiosa reducida, esta realidad de los que se van tiene que desafiarnos a ofrecer una Vida Consagrada con muy válidas motivaciones para vivir nuevas riquezas, y ser felices y fieles. En el fondo, son preguntas que ayudan a bien responder sobre las motivaciones, la calidad y el camino que lleva la fecundidad.

JOSÉ MA. ARNAIZ, SM
Director